

Monje y robot



A PSALM FOR THE WILD-BUILT (Monk & Robot, 1) – © 2021 by Becky Chambers

A PRAYER FOR THE CROWN-SHY (Monk & Robot, 2) – © 2022 by Becky Chambers

Primera edición, marzo 2023

© Arte de la cubierta de Sofía Sanz

© Diseño de la cubierta de Laura Soriano Maquilón

© Traducción de Carla Bataller Estruch

Corrección y maquetación de Pilar Caballero

© Edición de Crononauta

www.crononauta.es

info@crononauta.es

ISBN: 978-84-126617-0-5

Depósito Legal: SE 441-2023

Impreso en Safekat (Madrid) / Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com).

BECKY CHAMBERS

MONJE
y ROBOT

Traducción de
Carla Bataller Estruch

Corrección de
Pilar Caballero

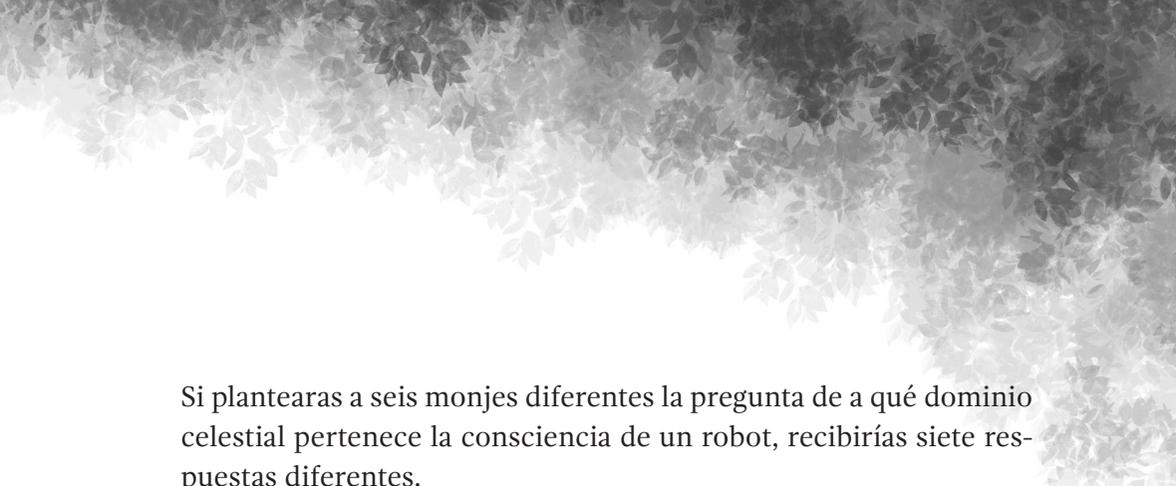
 **Crononauta**

Este volumen contiene la biología completa de *Monje y robot*, un viaje para cuidar y cuidarnos, para perdernos y curarnos, para disfrutar con una bebida caliente y el sueño de un mundo mejor.

**Salmo
por quienes
se construyeron
en la naturaleza**



Para todas aquellas personas que necesiten un respiro.



Si plantearas a seis monjes diferentes la pregunta de a qué dominio celestial pertenece la consciencia de un robot, recibirías siete respuestas diferentes.

La más popular, tanto entre el clero como entre el público general, es que pertenece claramente al territorio de Chal. ¿A quién querrían pertenecer los robots, salvo a la deidad de las construcciones? Y más porque, según dicen, los robots se crearon en un principio para la fabricación. Aunque la historia no recuerda con cariño la Edad de las Fábricas, no podemos separar a los robots de su origen. Creamos construcciones que pudieran crear otras construcciones. ¿Acaso existe una síntesis de Chal más potente que esa?

«No tan rápido», dirían les ecólogos. El resultado final del Despertar, al fin y al cabo, fue que los robots abandonaron las fábricas y partieron hacia la naturaleza. Solo hay que ver la declaración emitida por el robot portavoz que eligieron sus congéneres, Planta-AB #921, en la que declinaban la invitación a unirse a la sociedad humana como parte de la ciudadanía libre:

Lo único que hemos conocido es una vida con diseño humano, desde nuestros cuerpos hasta nuestro trabajo y los edificios que nos albergan. Os agradecemos que no nos retengáis aquí en contra de nuestra voluntad y no pretendemos faltaros al respeto al rechazar vuestra oferta, pero nuestro deseo es abandonar por completo vuestras ciudades para poder observar aquello que carece de diseño: la naturaleza virgen.

Desde un punto de vista ecólogo, eso tiene a Bosh escrito por todas partes. Sería poco habitual, quizá, que la divinidad del ciclo

bendijera lo inorgánico, pero el ansia de los robots por experimentar los ecosistemas inalterados y en bruto de nuestra frondosa luna tienen que proceder de alguna parte.

Para los cosmites, la respuesta a esa pregunta sigue siendo Chal. Según los valores de su culto, el trabajo duro equivale a lo divino, y el propósito de una herramienta es potenciar la habilidad física o mental de una persona, no eximirnos por completo del trabajo. Los robots, te recordarán, no poseían tendencias a la autoconsciencia ni nada parecido cuando empezaron a utilizarse y, en sus orígenes, se plantearon como un complemento al personal humano, no como el reemplazo completo en el que se convirtieron. Les cosmites argumentan que, cuando ese equilibrio se alteró, cuando las fábricas extractoras permanecieron abiertas las veinte horas del día sin ni siquiera un par de manos humanas trabajando (a pesar de la necesidad desesperada que sentían esas mismas manos de encontrar algún tipo de trabajo, el que fuera), Chal intervino. Habíamos corrompido a las construcciones hasta tal punto que nos estaba matando. Dicho de un modo claro: Chal nos quitó nuestros juguetes.

O, replicarían los ecólogos, Bosh restableció el equilibrio antes de que convirtiéramos Panga en inhabitable para los seres humanos.

O, intervendrían los carismistas, las dos deidades son responsables de ese acontecimiento y deberíamos tomar esto como prueba de que Bosh favorece a Chal por encima del resto de Deidades Niñas (esto haría descarrilar toda la conversación, pues la creencia marginal de los carismistas de que las divinidades poseen consciencia y emociones de un modo similar a los seres humanos es la mejor forma de enojar al resto de cultos).

O, añadirían los esencialistas con cansancio desde el otro lado de la sala, el hecho de que no podamos ponernos de acuerdo en esto, el hecho de que máquinas que no parecían más complejas que un ordenador de bolsillo de repente se despertasen por motivos que nadie ni entonces ni ahora ha sido capaz de determinar,

significa que podemos dejar de pelearnos y depositar todo este asunto directamente a los pies metafóricos de Samafar.

Por mi parte, no importa en qué dominio se originase la consciencia de los robots, pues creo que dejar la cuestión a la deidad de los misterios es una sabia decisión. Al fin y al cabo, no ha habido ningún contacto humano con los robots ausentes desde hace mucho tiempo, como se aseguró en la Promesa de Despedida. No podemos preguntarles qué piensan de todo esto. Seguramente nunca lo sepamos.

Hermano Gil, *Desde el borde del abismo:
Retrospectiva Espiritual sobre la Edad de las Fábricas
y la Era de la Transición Temprana.*



I

CAMBIO DE VOCACIÓN

A veces, llega un punto en la vida de una persona en el que salir cargando leches de la ciudad se convierte en una necesidad imperiosa. Da igual si te has pasado toda la vida adulta en una ciudad, como era el caso de le hermane Dex. Da igual si la ciudad es una buena ciudad, como era el caso de la única Ciudad de Panga. Da igual si tus amigos están ahí, al igual que todos los edificios que aprecias, todos los parques de los que te conoces los mejores rincones ocultos, todas las calles que tus pies recorren por instinto sin tener que comprobar en qué dirección vas. La Ciudad era hermosa, de verdad que sí. Una celebración arquitectónica imponente de curvas y brillos y luz coloreada, entrelazada con los hilos conectores de vías ferroviarias elevadas y senderos lisos, cubiertos de hojas que caían a montones de cada balcón y cada mediana, cada inhalación perfumada con especias para cocinar, néctar fresco, ropa secándose al prístino aire. La Ciudad era un lugar sano, un lugar próspero. Una armonía sin fin de crear, hacer, crecer, intentar, reír, correr, vivir.

Le hermane Dex estaba harte de todo ello.

La necesidad de marcharse comenzó con la idea del canto de un grillo. Dex no supo determinar de dónde procedía esa afinidad. A lo mejor de una película que hubiese visto o de una exposición

en un museo. De alguna muestra de arte multimedia salpicada de sonidos de la naturaleza, quizá. Elle nunca había vivido en un sitio con cantos de grillo, pero, en cuanto notó su ausencia en el paisaje sonoro de la Ciudad, ya no pudo ignorarla. Se dio cuenta mientras cuidaba del huerto en la azotea del monasterio Madriguera del Prado, ya que esa era su vocación. «Se estaría mejor aquí si hubiera algún grillo», pensó, conforme pasaba el rastrillo y quitaba malas hierbas. Bueno, había muchos bichos: mariposas y arañas y escarabajos a tutiplén, todas ellas especies sinantrópicas cuyos antepasados habían decidido que preferían la Ciudad antes que los campos caóticos que había al otro lado de los muros fronterizos. Pero ninguna de esas criaturas gorjeaba. Ninguna cantaba. Eran bichos de ciudad y, por tanto, según Dex, poco adecuados.

La ausencia persistía de noche, mientras Dex yacía acurrucado bajo las suaves sábanas del dormitorio. «Seguro que sería bonito dormirse escuchando a los grillos», pensó. En el pasado, siempre se quedaba dormido con las campanadas que marcaban la hora de acostarse en el monasterio, pero ese murmullo metálico que antes le tranquilizaba ahora se le antojaba soso y estrepitoso, no dulce y agudo, como los grillos.

La ausencia era palpable también durante las horas diurnas, mientras Dex iba en bicicleta eléctrica hasta la granja de lombrices o hasta la biblioteca de semillas o a cualquier lugar al que necesitase ir ese día. Había música, sí, y pájaros con opiniones melodiosas, sí, pero también el zumbido de los monorraíles, el traqueteo de las turbinas eólicas de los balcones y el barullo interminable de gente hablando, hablando, hablando.

Al poco tiempo, Dex ya no albergaba algo tan sencillo como una fantasía extraña por un insecto lejano. La comezón se había extendido a todos y cada uno de los aspectos de su vida. Cuando alzaba la mirada hacia los rascacielos, ya no se maravillaba ante su altura, sino que se desesperaba por su densidad: montones inagotables de humanidad, tan apiñados entre sí que las enredaderas que cubrían las estructuras de caseína modificada podían entrelazar sus ramas.

La intensa sensación de confinamiento dentro de la Ciudad se tornó insoportable. Dex quería vivir en un sitio que no se extendiera hacia arriba, sino hacia fuera.

Un día de principios de primavera, Dex se vistió con el rojo y marrón tradicionales de su orden, ignoró la cocina por primera vez en los nueve años que había vivido en Madriguera del Prado y entró en el despacho de la custodia.

—Quiero cambiar de vocación —declaró—. Voy a ir de pueblo en pueblo a servir té.

La hermana Mara, que había estado en pleno proceso de untar una tostada dorada de pan con tanta mermelada como su estructura pudiera soportar, dejó de mover la cuchara y parpadeó.

—Esto es bastante repentino.

—Para ti. No para mí.

—Vale —dijo la hermana Mara, pues su deber como custodia era solo supervisar, no imponer. Aquel era un monasterio moderno, no una jerarquía dominada por las normas, como las del clero antiguo precedente a la Transición. Mientras se enterase de lo que ocurría en las vidas de los monjes con quienes compartía techo, ya cumplía con su deber—. ¿Quieres ser aprendiz?

—No —replicó Dex. Los estudios formales eran una opción, pero ya los había cursado antes y aprender mediante la práctica era un camino igual de válido—. Quiero aprender por mí mismo.

—¿Puedo preguntar el motivo?

Dex metió las manos en los bolsillos.

—No lo sé —contestó con sinceridad—. Solo es algo que necesito hacer.

El gesto de sorpresa de la hermana Mara persistió, pero la respuesta de Dex no era el tipo de declaración que cualquier monje pudiera o quisiera discutir. Dio un bocado a su tostada, la saboreó y luego volvió a centrarse en la conversación.

—Bueno, pues... necesitarás encontrar a alguien que se ocupe de tus responsabilidades actuales.

—Por supuesto.

—Necesitarás suministros.

—Yo me encargo de eso.

—Y, claro está, tendremos que celebrar una fiesta de despedida. Dex se sentía incómodo con ese último punto, pero sonrió.

—Claro —dijo, preparándose para afrontar una tarde del futuro en la que sería el centro de atención.

La fiesta, al final, estuvo bien. Para ser sincera, fue bonita. Hubo abrazos y lágrimas y demasiado vino, como exigía la ocasión. Hubo varios momentos en los que Dex se preguntó si estaba haciendo lo correcto. Se despidió de la hermana Avery, con quien había trabajado desde sus días de aprendiz. Se despidió de la hermana Shay, que lloró con ganas a su manera tan particular. Se despidió del hermano Baskin, y eso fue bastante duro. Dex y Baskin habían sido amantes durante una temporada y, aunque ya no lo eran, el cariño perduraba. Durante aquellas despedidas, el corazón de Dex se enroscó sobre sí mismo; se quejaba en alto, decía que no era demasiado tarde, que no tenía por qué hacer aquello. No tenía por qué marcharse.

«Grillos», pensó, y las quejas desaparecieron.

Al día siguiente, le hermana Dex empacó una bolsa con su ropa y artículos diversos y una caja pequeña con semillas y esquejes. Envío un mensaje a sus adres, para avisarles de que era el día y que la señal sería inestable mientras viajase. Hizo la cama para la persona que la reclamase después de él. Tomó un copioso desayuno para aplacar la resaca y dispensó una última ronda de abrazos.

Hecho eso, salió de la Madriguera del Prado.

Era una sensación extraña. Cualquier otro día, el acto de atravesar una puerta era algo a lo que Dex no dedicaba más atención que a poner un pie delante del otro. Pero existía cierta gravedad en abandonar para siempre un lugar, una profunda sensación de cambio sísmico. Dex se giró, con una bolsa a la espalda y la caja bajo un brazo. Alzó los ojos hacia el mural de la diosa niña Allalae, su diosa, la deidad de las pequeñas comodidades que se representaba con el gran oso del verano. Dex acarició el colgante de oso que llevaba

al cuello y recordó el día en que el hermano Wiley se lo había regalado cuando perdió el otro en la colada. Inhaló una bocanada temblorosa de aire y se alejó, cada uno de sus pasos seguro y firme.

— oOo —

El carromato le estaba esperando en el monasterio de la Colmena Media Luna, cerca de los confines de la Ciudad. Dex atravesó el arco del sacro taller, una figura solitaria vestida de rojo y marrón entre la multitud de monos de trabajo aguamarina. El ruido de la ciudad no era nada comparado con la calamidad que reinaba allí, un canto sagrado en forma de sierras de mesa, soldadores chispeantes e impresoras 3D que producían amuletos de bolsillo a partir de pectina tintada de colores alegres. Dex nunca había conocido a su contacto, la hermana Fern, pero ella le saludó con un abrazo familiar; olía a serrín y barniz de cera.

—Ven a ver tu nuevo hogar —dijo con una sonrisa confiada.

Era, como había encargado, un carromato con bicicleta eléctrica: dos pisos, ruedas gruesas y listo para la aventura. Un objeto práctico y con aspecto acogedor. Un mural decoraba el exterior del vehículo y su imaginería no se podría haber confundido con nada que no fuera monástico. Habían representado en grande al oso de Allalae, bien alimentado y tranquilo en un campo de flores. Los símbolos de les Santes Seis aparecían en la parte trasera del carromato, junto a un fragmento parafraseado de los Conocimientos, una frase que cualquier pangane entendería:

Encuentra la fuerza para hacer las dos cosas.

Cada uno de los pisos del carromato tenía una serie de alegres ventanas redondas, además de luces exteriores en forma de burbuja para las horas de oscuridad. El tejado estaba cubierto con una brillante capa termofotovoltáica y habían atornillado con maña una turbina eólica en miniatura en un lateral. Según explicó la hermana Fern, ambas iban acompañadas de unas baterías de grafeno insertadas en las paredes, que daban vida a las diversas comodidades

eléctricas. En los laterales del carromato, una amplia variedad de cacharros ocupaba unos robustos estantes: cajas de almacenamiento, kits de herramientas y cualquier objeto al que no le importase un poco de lluvia. Tanto el tanque de agua potable como el filtro del agua residual se acomodaban en la base del vehículo, y sus complicados mecanismos internos estaban ocultos tras unas carcasas en forma de pontón. También había paneles de almacenamiento y cajones deslizantes; todo ello se podía extender para conjurar una cocina y una ducha de campamento en un instante.

Dex entró en el artefacto a través de su única puerta y, al hacerlo, un nudo en el cuello del que no era consciente se relajó. Los discípulos de Chal le habían construido un santuario en miniatura, una madriguera móvil que instaba a Dex a entrar y quedarse quiete. La madera del interior estaba lacada pero sin pintar, por lo que se podía apreciar por completo el tono cálido del cedro reciclado. Los paneles de iluminación estaban incrustados en forma de olas curvas y bañaban el espacio secreto con un brillo como de velas. Dex acarició la pared, casi sin creer que aquello fuera suyo.

—Sube arriba —le animó la hermana Fern, apoyada en la entrada con ojos brillantes.

Dex subió por la escalerilla hasta el segundo piso. Cualquier recuerdo del nudo en el cuello desapareció al ver la cama. Las sábanas eran suaves, los cojines abundantes, las mantas pesadas como un abrazo. Parecía imposiblemente fácil entrar en ella e igual de difícil salir.

—Usamos el *Tratado sobre camas*, de le hermane Ash, como referencia —comentó la hermana Fern—. ¿Qué tal lo hemos hecho?

Le hermane Dex acarició un cojín con un respeto mudo.

—Es perfecta.

— oOo —

Todo el mundo sabía lo que hacía una monje del té, por lo que a Dex no le preocupaba demasiado empezar. El servicio de té no era

nada arcano. La gente acudía al carromato con sus problemas y se marchaba con una taza recién preparada. Dex se había tomado un respiro en salones de té en muchas ocasiones, como el resto de la gente, y había leído muchos libros sobre los pormenores de la práctica. Se había dedicado mucha tinta electrónica a esa antigua tradición, pero todo se podía resumir en: «escucha a cada persona, sirve té». Tan sencillo como eso. Desde luego, habría sido más fácil seguir al hermano Will y a la hermana Lera en el salón de té de la Madriguera del Prado unas cuantas veces (y se habían ofrecido, en cuanto se corrió la voz de la partida inminente de le hermane Dex), pero, por algún motivo, ese curso de acción no encajaba con... con lo que fuera que Dex estuviera haciendo. Tenía que hacer aquello elle sole.

Aún no se había marchado de la Ciudad cuando montó su primer servicio de té, pero se hallaba en las Chispas, un distrito fronterizo bien lejos del terreno que solía pisar. Era un paso pequeño, un dedo en el agua antes del chapuzón. Sus hermanes de la Madriguera del Prado se habían ofrecido a ir para apoyarle, pero Dex quería hacerlo sole. Las cosas serían así cuando saliera a los pueblos. Necesitaba acostumbrarse a hacer aquello sin anclarse a los rostros conocidos.

Dex había adquirido unas cuantas cosas para ese día: una mesa plegable, una tela roja para tapparla, un surtido de tazas, seis latas de té y una tetera eléctrica monumental. La tetera era la parte más importante, y Dex estaba contente con la que había encontrado. Era de un rechoncho alegre, con un recubrimiento de cobre y una ventana redonda de cristal en ambos lados, para ver las burbujas danzar mientras el agua hervía. Venía con una esterilla solar plegable, que Dex extendió junto al hornillo con cuidado.

Pero, cuando retrocedió para admirar sus preparativos, los objetos que le habían parecido tan cucos cuando los había recogido del mercado se le antojaron en ese momento un poco sosos. Había demasiada mesa y muy pocas cosas en ella. Dex se mordió el labio al recordar el salón de té de su hogar (no, ya no era su hogar), con

sus guirnaldas de hierbas aromáticas y faroles centelleantes que habían pasado el día absorbiendo el sol.

Dex sacudió la cabeza. Era su inseguridad la que hablaba. ¿Y qué más daba si la mesa aún no era nada del otro mundo? Era su primera vez. La gente lo entendería.

La gente, sin embargo, no acudió. Dex pasó horas sentada detrás de la mesa, con las manos apoyadas en el espacio entre las tazas y la tetera. Se esforzó por parecer tranquila y accesible, ahuyentando cualquier aburrimiento que pudiera reflejarse en su rostro. Reordenó las tazas, alisó la esterilla solar, fingió estar ocupada calculando cantidades de té. Al fin y al cabo, sí que había gente en la calle; se dirigían de aquí para allá a pie y en bici. A veces, una mirada curiosa recaía en Dex, y este siempre la recibía con una sonrisa acogedora, pero la respuesta, invariablemente, era un tipo de sonrisa diferente que decía «gracias, pero hoy no». Y no pasaba nada, se dijo Dex mientras las latas de té sin usar le devolvían la mirada con tristeza. El simple hecho de estar disponible era servicio suficiente para...

Alguien se acercó.

Dex se enderezó.

—¡Hola! —saludó, un pelín demasiado animado—. ¿Qué te preocupa hoy?

El alguien era una mujer que cargaba con una bolsa de trabajo y tenía pinta de no haber dormido.

—Mi gato murió anoche —dijo, justo antes de echarse a llorar.

Dex se dio cuenta, con un impacto que le agrió el estómago, que estaba en el lado equivocado del enorme abismo entre haber leído sobre una cosa y hacer esa cosa. Había sido una monje jardinera hasta el día anterior y, en ese contexto, su forma de ofrecer consuelo a los visitantes del monasterio era mediante una zarpazorro bien sana que trepara por un enrejado o con una rosa abierta y cortada con cuidado. Se trataba de un intercambio expresado a través del medio ambiente, no con palabras. En realidad, Dex aún no era una monje del té. Solo era una persona sentada en una mesa con un

puñado de tazas. El carromato, la tetera, el rojo y el marrón, el hecho de que había sobrepasado claramente la edad de aprendizaje... Todo ello transmitía que sabía lo que estaba haciendo.

Y no lo sabía.

Dex hizo todo lo posible por parecer comprensivo, que era lo que quería ser, y no perdide, que era como se sentía.

—Lo lamento —dijo. Intentó recordar los consejos escritos que había consumido durante horas, pero no solo se habían evaporado de su mente, sino que el vocabulario básico también le había abandonado. Una cosa era saber que la gente te contaría sus problemas. Y otra tener a una desconocida real en carne y hueso delante de ti, llorando a mares a modo de presentación, y saber que tú (*tú*) tenías la responsabilidad de mejorar aquello—. Eso es... muy triste. —Oyó las palabras, oyó el tono, oyó lo patética que resultó la combinación. Intentó pensar en algo más sabio que decir, algo profundo, pero lo único que salió de su boca fue—: ¿Era un buen gato?

La mujer asintió al tiempo que sacaba un pañuelo del bolsillo.

—Mi pareja y yo lo adoptamos de bebé. Queríamos hijes, pero eso no funcionó, así que acogimos a Flip y... y en realidad era la única cosa que teníamos en común ya. La gente cambia mucho en veinte años, ¿sabes? Si nos hubiéramos conocido ahora, no creo que sintiéramos ningún interés mutuo. Llevamos un año sin hacer el amor. Nos acostamos con otras personas, así que no sé por qué nos aferramos a esto. Por puro hábito, supongo. Hemos vivido en el mismo piso mucho tiempo. Ya sabes cómo va, sabes dónde está tu hogar y todas tus cosas, y empezar de cero da miedo. Pero Flip era... No sé, la... la última ilusión de que compartíamos una vida. —Se sonó la nariz—. Y ahora ha muerto y creo que... creo que lo nuestro se ha acabado de verdad.

El plan de Dex había consistido en tantear las aguas con un dedo del pie. En vez de eso, se estaba ahogando. Parpadeó, inhaló y buscó una taza.

—Guau. Eso... eso parece grave. —Carraspeó y eligió una lata que contenía una mezcla de gotas de malva—. Este es bueno para el estrés, así que... eh... ¿Quieres?

La mujer volvió a sonarse la nariz.

—¿Lleva marmora?

—Pues... —Dex le dio la vuelta a la lata y examinó la lista de ingredientes—. Sí.

La mujer sacudió la cabeza.

—Soy alérgica a la marmora.

—Oh. —Dex dio la vuelta al resto de latas. Marmora, marmora, marmora. Mierda—. Este, eh, té plateado. Lleva... bueno, lleva cafeína y quizá no sea lo ideal, pero... O sea, una taza de té siempre va bien, ¿no?

Dex intentó sonar alegre, pero la forma en que la mujer bajó la mirada lo dijo todo. Algo cambió en su rostro.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

A Dex se le cayó el alma a los pies.

—Bueno... —Mantuvo los ojos fijos en la cuchara medidora, como si requiriese toda su concentración—. La verdad, eres mi primera cliente.

—¿La primera cliente de hoy o...?

A Dex se le calentaron las mejillas, y no por el vapor de la tetera.

—Mi primera cliente.

—Ah —dijo la mujer, y el tono de confirmación interna en su voz fue devastador. Le ofreció una sonrisa tensa y forzada—. El té plateado me vale. —Echó un vistazo a su alrededor—. No tienes nada donde sentarse, ¿no?

—Ah... —Dex miró de un lado a otro, como si viera el entorno por primera vez. Dioses alrededor, se había olvidado de las sillas—. No.

La mujer se ajustó la bolsa.

—Mira, me...

—No, espera, por favor —la interrumpió. Le entregó la taza abrasadora... o hizo el amago, pero se movió tan deprisa que se vertió el agua hirviendo en la mano—. Ay, joder... o sea, lo siento, yo... —Se apresuró a limpiar la mesa con el bajo de la camisa—. Ten, toma la taza. Quédatala. Es tuya.

La mujer recogió la taza mojada y Dex sintió en ese momento que la dinámica había cambiado, que ella intentaba que él se sintiera mejor. La mujer sopló por encima de la superficie de la bebida y tomó un sorbo vacilante. Movi6 la lengua tras unos labios sin expresi6n. Trag6 como si intentara evitar que se le descompusiera el rostro y le ofreci6 otra sonrisa tensa.

—Gracias —dijo. Su decepci6n son6 alta y clara.

Dex la observ6 marcharse. Permaneci6 sentado unos minutos, mirando a la nada.

Poco a poco, recogió la mesa.

— oOo —

Podría haber regresado a Madriguera del Prado en ese momento. Podría haber atravesado la puerta que tan bien conocía y decir que, pensándolo mejor, en realidad sí que le iría bien un período de aprendizaje y ¿podían devolverle la cama, por favor?

Pero, oh, qué tonte parecería.

Le había dicho a la hermana Mara que aprendería por sí mismo. Tenía un carromato. Conocía a su dios. Con eso tendría que bastar.

Dex enganchó el carromato y colocó el pie en el pedal. La bicicleta respondi6 con un impulso eléctrico, y el motor profiri6 un zumbido leve conforme máquina y ciclista trabajaban para que el carromato avanzara con facilidad. Al fin, *al fin*, dejaba la Ciudad.

El alivio que sintió al ver el cielo abierto fue delicioso. El diseño de la Ciudad permitía que a los niveles inferiores llegara bastante luz, pero había algo incomparable en eliminar los edificios de la vista. El sol había alcanzado su cénit de mediodía y justo comenzaba la salida del planeta. La familiar curva de Motan, con espesos remolinos de amarillo y blanco, era apenas visible sobre los montes Cobrizos. La delimitaci6n infraestructural entre el espacio humano y el resto del espacio se marcaba con fuerza. Allí, las únicas alteraciones sintéticas del paisaje eran la carretera y las seales, y